

A Mons. IMBERTIES, OBISPO DE AUTUN

(Autun, entre el 7 febrero y el 11 julio 1810)

Monseñor<sup>1</sup>

1. Reuní en un gran capitulo a todas las hermanas de la Congregación de San José y les comuniqué el proyecto de nuevos estatutos que me habéis hecho el honor de haberme dado <sup>2</sup>. No creerá, Monseñor, el efecto que produjo esta lectura, yo mismo nunca lo hubiera esperado; la división entró por primera vez entre nosotras, vi el momento en que nuestra sociedad se iba a disolver, y se iban a perder tantos proyectos útiles que tan sabiamente Ud. siempre apoyó. Algunas afirmaron que ya estaban obligadas por sus votos a seguir las reglas y que no podían admitir otras; otras dijeron que se habían reunido libremente y que solo seguían las leyes que ellas mismas harían; todas habían caído en un desaliento que me alarmó. Hablaron de abandonar Autun y la diócesis, de irse a otro lado para ejercitar su celo y su caridad, algunas incluso hablaron de regresar al mundo y buscar allí la paz que en vano habían esperado encontrar en su retiro.
2. Finalmente logré calmarlas y les mostré superficiales e insuficientes que eran los estatutos que habían hecho, y lo feliz que estaba de que un prelado tan respetable estuviera dispuesto a darles los consejos de su experiencia e iluminarlas con las luces de su sabiduría. Poco a poco las orienté a la mansedumbre, a la razón y a la paz; y mis hermanas decidieron de mutuo acuerdo, que después de pedirle perdón a Dios por su vivacidad, se encargarían de inmediato de redactar los estatutos generales recogidos de los pertenecientes a las antiguas Ordenes, y que, en esta obra, tomarían muy en consideración los estatutos que usted tuvo la amabilidad de comunicarles; que luego implorarían su buen consejo, su examen y su revisión, antes de pedir la sanción del Consejo de Estado, según el artículo 2 del decreto imperial del 12 de diciembre de 1806.
3. Durante mucho tiempo dudé, Monseñor, si le diría lo que había pasado, y aun ahora lo hago temblando; sin embargo, creí que le debía toda la verdad e incluso recupere la confianza al pensar que, si Dios es bueno y misericordioso, su ministro no lo será menos. Por tanto, mis hermanas y yo misma esperamos, Monseñor, que Ud. se dignará aprobar lo que hemos hecho, que mantendrá sus buenas intenciones para nosotras y que continuará ayudándonos con sus sabios consejos, de los que reconozco cada vez más, que tenemos una gran necesidad <sup>3</sup>.
4. Usted sabe, Monseñor, que el amor a los pobres y el deseo de ser útiles son los únicos motivos que nos han reunido; nuestras intenciones son puras y merecen su aliento e indulgencia; dígnese perdonarnos a menudo, apoyarnos siempre, y con la gracia de Dios alcanzaremos, espero, los grandes fines que nos hemos propuesto.

Después de hablarle en nombre de mi sociedad, permítame, monseñor, decirle dos palabras en mi nombre. Puede que me haya equivocado con Usted, le pido sinceramente perdón; dígnese olvidar el pasado, y para que no haya más reproches en el futuro, por favor le pido que me aconseje y me guíe, y como primera de sus bendiciones, permítame verlo muchas veces y sacar de Usted la sabiduría y las virtudes que pido al Cielo todos los días.

5. Tengo el honor (...)